

las contiendas de Alemania. Aquel romántico viaje de novio que hizo á España el joven príncipe de Gales, guardando el mas riguroso incógnito y acompañado de su confidente Buckingham, para ir á buscar personalmente á su prometida, no solo no habia dado el resultado apetecido, sino que habia sido causa del definitivo rompimiento: el joven príncipe en vez de traerse á la novia trajo de su excursion, con gran contentamiento de los ingleses, una resuelta antipatía hácia el gabinete de Madrid, antipatía que inmediatamente influyó en la política de su padre, el cual, rompiendo los lazos de amistad que hacia años le unian á España, comprendió al fin los deberes que tenia que cumplir con su desdichado yerno. El cambio de política de Inglaterra se tradujo en seguida en cuantiosos subsidios que Jacobo envió á Mansfeld y á Cristian de Brunswick, merced á los cuales pudieron estos reclutar nuevas fuerzas; además, adoptada esta actitud, el gobierno inglés se sentia naturalmente mas inclinado á



Thaler de Alberto de Wallenstein. Plata. Tamaño original. (Real Monetario de Berlin.) En el anverso el busto del duque y debajo de él un sol, como distintivo de la poblacion en donde se acuñó, que fué Gatschin. Inscripción: ALBERTVS. D. G. DVX FRIDLANDIAE. En el campo del reverso y coronado por el sombrero ducal un escudo con el águila de Friedlandia que ostenta en el pecho el escudo de armas de Wallenstein. Inscripción: SAC. ROM. IMPERII PRINCEPS. 1627.

buscar en lo sucesivo el apoyo de Francia en vez del de España, y en su consecuencia se realizó el matrimonio del príncipe de Gales con Enriqueta de Francia, hermana de Luis XIII. Jacobo se alió además con los holandeses, que siempre se habian mostrado dispuestos á proteger á su yerno, el desterrado conde palatino, para de acuerdo con ellos devolver á este sus territorios hereditarios. Era ante todo preciso reunir las fuerzas necesarias, pues las de Mansfeld y de Cristian de Brunswick, aun juntas con las de Bethlen Gabor, no eran suficientes, y para ello entabláronse negociaciones con Cristian IV de Dinamarca, el cual contestó á las primeras indicaciones que se le hicieron con una negativa. En cambio el joven rey de Suecia, Gustavo Adolfo, cuyos éxitos así dentro como fuera de su reino atrajeron sobre él la atención general, acogió con entusiasmo la idea de tomar parte en una lucha en grande contra la prepotencia de los Habsburgos y de ser el único director de la misma, y trazó un plan vastísimo señalando la manera como debía realizarse en detalle la empresa. Pero la misma magnitud de este proyecto y los cuantiosos sacrificios pecuniarios que para su ejecucion eran indispensables dejaron atónita á la corte inglesa, y en su consecuencia, cuando Cristian IV, noticioso de las negociaciones entabladas con Suecia y dispuesto á no consentir por envidia á esta potencia que su rival del Norte fuera el director de aquella lucha, se manifestó pronto á encargarse del mando en jefe en proporciones mas limitadas de las que Gustavo Adolfo exigía, Inglaterra resolvió, precisamente cuando el monarca sueco creía llegar ya al término de las negociaciones, dar la preferencia al rey de Dinamar-

ca, cuyas exigencias pecuniarias eran mas modestas. Cristian IV, tio del infeliz rey de Bohemia, parecia tanto mas dispuesto á llevar á cabo la empresa cuanto que en su calidad de duque de Holstein era tambien príncipe del Imperio germánico y se habia aliado repetidas veces con los Estados de la Baja Sajonia. Inglaterra y Holanda entablaron directamente negociaciones con el monarca dinamarqués, que era un enérgico y constante defensor del protestantismo y que en su patria, en circunstancias bien críticas por cierto, habia demostrado ser un hombre de Estado inteligente y un excelente organizador. A la muerte del débil y vacilante Jacobo I, ocurrida en 27 de marzo de 1625, y merced á la eficaz intervencion del hijo y heredero de este, Carlos I, aquellas negociaciones adelantaron rápidamente y dieron por resultado el tratado de 9 de diciembre de 1625 entre Inglaterra, Holanda y Dinamarca, en el que se dejaba entrever el propósito de llevar á cabo una gran expedición al continente para combatir al emperador y reintegrar al conde palatino en la posesion de sus territorios hereditarios. Francia no intervino directamente en el tratado, pero por bajo de cuerda entregó subsidios.

Mientras se verificaban estas negociaciones diplomáticas que no eran ningun secreto para los protestantes del Norte de Alemania y bajo la impresion de las mismas, los príncipes del círculo bajo-sajon habíanse al fin resuelto tambien á proceder enérgicamente. En tanto que el propio suegro del conde palatino habia presenciado impasible cómo este era arrojado de sus territorios hereditarios, los príncipes alemanes protestantes, aun reconociendo el peligro que les amenazaba con la reaccion católica, no se atrevieron á ponerse en lucha abierta con el emperador y con la Liga; pero á medida que avanzaron las negociaciones entre Inglaterra y Holanda y que se afirmaba en ellos el convencimiento de que el monarca inglés se disponia seriamente á acudir en auxilio de su yerno, mas inclinados se sentian los protestantes de los círculos de la Baja Alemania á intentar una resistencia franca contra la conducta de Fernando.

Aun antes de firmarse el tratado de 9 de diciembre, ya el círculo de la Baja Sajonia, de acuerdo con Holanda é Inglaterra, habia comenzado á hacer formales armamentos, por de pronto para defenderse contra nuevas vejaciones del ejército liguista, y una asamblea de varios príncipes bajo-sajones, que sin carácter de verdadera dieta de círculo se reunió en Lanenburg, acordó mas adelante formar un ejército confederado en toda regla y eligió general del mismo y presidente del círculo, en 3 de abril de 1625, al rey de Dinamarca en su calidad de duque de Holstein «por razon de su valor, destreza y talento, que tanta fama le habian conquistado.»

En mayo de 1625, es decir, antes de que se concertara definitivamente el tratado con Inglaterra y Holanda, Cristian penetró en el círculo de la Baja Sajonia al frente de un ejército de 16.000 hombres, de suerte que, contando con las tropas de Mansfeld y de Cristian de Brunswick, reunía fuerzas por lo menos iguales á las liguistas que mandaba Tilly. En vista de esto, Maximiliano de Baviera aconsejó con insistencia que se reclutaran tropas imperiales, ó mejor, que se reforzara el ejército liguista con tropas de auxilio del Imperio, con lo cual puso en gravísimo aprieto al emperador, quien, por un lado, carecia de recursos pecuniarios para armar un ejército propio, y por otro, no queria prestar mayores fuerzas á la Liga, que de hecho era la que por sí dirigia la lucha, pues ya se encontraba casi por completo á merced del ambicioso Maximiliano, jefe de la misma.

Un noble bohemio, el coronel Alberto de Wallenstein, le sacó de este compromiso.

ENCUMBRAMIENTO DE WALLENSTEIN

Hay en la historia universal figuras que, semejantes á la vivificadora luz del sol, iluminan y dan calor á todo un período, y cuyas creaciones parecen ser imperecederas como la

inmensidad de los cielos y dirigir por sendas nuevas la vida de la humanidad. Entre estas figuras admiramos en primer término al Fundador del cristianismo y luego á hombres como Lutero, Newton, Kepler, Carlomagno, Federico el Grande y, en nuestros dias, el príncipe de Bismark. Pero al lado de ellas produce la multiforme y variada existencia de



El rey Carlos I de Inglaterra

Facsimile reducido del grabado de Benito Audran (1661-1721). Cuadro original de Adrian van der Werff (1659-1722)

los pueblos otras que á modo de meteoros surgen de repente de la nada, inundan el mundo con sus resplandores sobrenaturales, pero no benéficos, y rápidamente vuelven á sumergirse en la nada de donde salieron. Ejemplo de ello, Atila y Napoleon I.

En el número de estas últimas debe contarse la personalidad de Wallenstein. Tambien este personaje surgió de la oscuridad y de la insignificancia; tambien él con su brillante aparicion y sus notables creaciones fué objeto de gran admiracion por un lado y por otro infundió general terror; tam-

bien él, finalmente, cayó de la vertiginosa altura á que se habia encumbrado para hundirse en el abismo que insensiblemente se habia abierto á sus piés. ¿Fué suya la culpa de esta catástrofe? ¿Pereció como el meteoro consumido por el fuego de su propio esplendor? He aquí las cuestiones que á raíz de la inesperada catástrofe conmovieron profundamente á sus contemporáneos y que mas tarde la investigacion histórica ha planteado con nuevo empeño y estudiando cuidadosamente todos los testimonios de aquel período, sin que durante mucho tiempo se consiguiera dar una solucion de-

finitiva á las mismas hasta que en nuestros días el maestro de historia alemana, Leopoldo de Ranke, con su genial claridad y vigorosa lógica llevó al ánimo de la posteridad el convencimiento de que para resolver ese problema histórico no tanto precisaba saber si Wallenstein había sido culpable, según las leyes de la moral y el derecho, como poner en claro, y esta era la misión del historiógrafo, la combinación de hechos y relaciones históricas y políticas, vencido por los cuales sucumbió aquel hombre admirable. Los modernos descubrimientos debidos al Archivo de Estocolmo han demostrado ciertamente de una manera palpable que las negociaciones de Wallenstein con Suecia no se compadecían en modo alguno con su calidad de general del emperador, y que pueden ser consideradas hasta cierto punto como delito de alta traición; pero, si se quiere comprender toda la conducta de Wallenstein desde los comienzos de su carrera, es preciso no perder un momento de vista que no era simplemente un general y que, por efecto de la manera singular como conquistó su posición, nunca pensó exclusivamente como general subordinado al emperador, sino que, por el contrario, ambicionó desde un principio desempeñar, además de su papel de general, un papel político independiente como príncipe soberano alemán, sin tener en cuenta que esta situación de príncipe soberano la tenía únicamente por virtud de la investidura y de la gracia del emperador. Ensoberbecido por el convencimiento de que era el único que en circunstancias excepcionalmente difíciles había ayudado al emperador á dominar á los príncipes alemanes, y revestido de poderes extraordinarios apenas compatibles con su condición de súbdito del emperador de quien los recibiera en recompensa de aquellos servicios, sus actos habían de producir á la corta ó á la larga un conflicto interior en el cual necesariamente tenía que ser vencido aquel hombre ambicioso y egoísta. Mas adelante veremos que aquellos poderes, que se extendían también á la esfera política, eran tan amplios que difícilmente puede saberse cuáles eran los límites hasta donde le estaba permitido llegar, y por consiguiente si llegó á traspasarlos. Sobre todo no hay que olvidar, cuando se quiera formar juicio sobre aquel hombre bajo todos conceptos notable, que mayor aun que sus talentos militares estratégicos era la audacia de sus planes políticos que le gustaba envolver en el misterioso velo místico de lo inexplicable. Desde el punto de vista militar también, sus dotes de organizador estaban por encima de su arte para disponer una batalla campal. La manera como supo hacer de los elementos mas diversos y en parte no de los mas puros un ejército homogéneo y animado de un ardiente espíritu de cuerpo y atender á su entretenimiento con inconsiderada energía, pero también economizando prudentemente las fuerzas del país que habían de mantenerlo, es tan admirable como la previsión y la solicitud con que cuidaba de la administración y organización de sus vastos territorios y los utilizaba para sus fines políticos. Así como su audacia y su temeridad, que á menudo excedían de toda medida, y el modo de desenvolverse sin ayuda de nadie y bruscamente sus vastísimos proyectos políticos revelan, al par que al hombre de genio, al advenedizo que por ninguna consideración se contiene, como organizador y administrador resulta ser maestro eminentísimo, dotado de un golpe de vista profundo y seguro, que abarca lo mas grande y lo mas insignificante y que llena de admiración á todos los que estudian minuciosamente este aspecto de su actividad. A pesar de toda la pompa digna de un rey que, cuando convenia, sabia desplegar, era un hombre económico y un gran administrador de su hacienda. Las sumas que había reunido gracias á su economía, gastábalas, cuando se presentaba en la corte, apa-

rentemente en prodigalidades inútiles, pero en el fondo con su cuenta y razón, pues todo ello debía servirle para el fin que su desmedida ambición le trazaba, esa ambición que le impulsaba á las grandes hazañas, pero que al mismo tiempo le hacia mirar con desprecio todo lo tradicional de los poderes históricos y que le hizo sucumbir en su lucha contra «el eterno ayer.» De todos modos, siempre será objeto de estudio altamente interesante para la historia investigar en sus detalles la vida de aquel hombre extraordinario, ver cómo llegó á ser lo que fué, examinar las ideas y los planes cuya realización se propuso mientras estuvo en el zenit de su pujanza, y analizar las fuerzas y los poderes ante los cuales sucumbió. Como sucede con todos los grandes personajes históricos, no es posible conocerle ni comprenderle sin ahondar cuidadosamente su manera de ser y de pensar, y sin formarse concepto claro de las fuerzas que le rodearon, que sobre él influyeron y que á su vez fueron por él influidas. El que no vea en él sino al general del emperador necesariamente tendrá que juzgarle severamente; pero quien tal haga, ni será absolutamente justo con él, ni podrá nunca conocer y apreciar sus actos y sus pensamientos. Veamos, pues, cómo aquel hombre de humilde origen logró encumbrarse hasta alcanzar la posición que le permitió durante algunos años ser considerado como uno de los elementos determinantes de la política europea.

Alberto Wenceslao Eusebio de Wallenstein (su verdadero apellido era Waldstein) no pertenecía á la alta aristocracia bohemia, sino que procedía de una sencilla familia de hidalgos dividida en muchas ramas que en su mayoría profesaban una de las confesiones protestantes, cosa natural en Bohemia. Sus padres estaban afiliados á la unidad de los Hermanos. Nacido en el castillo de Hermanic, en el círculo de Koeniggratz, en 24 de setiembre de 1583, fué desde su infancia educado dentro de las mas puras tradiciones protestantes por sus padres, que fallecieron cuando él no contaba todavía doce años. Encargóse entonces de su educación un tío suyo también protestante, Enrique Slawata de Chlum y Koschumberg; pero á la muerte de este, acaecida al poco tiempo, el joven Wallenstein quedó bajo la tutela de otro tío, Kawka de Riczans, católico ferviente, quien le puso en el colegio de jesuitas de Olmutz, donde, una vez vencida la indomable rudeza de que dió muestras al principio, recibió impresiones tan profundas que no tardó en abrazar el catolicismo. A pesar de su conversión, ni á raíz de ella ni posteriormente fué nunca celoso defensor de la nueva religión por él adoptada, y antes bien mostróse siempre excesivamente tolerante en materias religiosas, debido esto en parte á su indiferencia por las sutiles cuestiones dogmáticas. Pero de todos modos su conversión influyó de una manera decisiva en su vida posterior, pues su catolicismo le señaló desde luego su puesto al lado del emperador, al paso que todos los demás individuos de su familia estaban en el bando de los rebeldes protestantes.

En cuanto á su vida personal, ninguna influencia tuvieron sobre ella sus creencias católicas, que no le impidieron proseguir sus estudios en la universidad protestante de Altorf. Desde allí se fué á Praga, en donde se dedicó á estudiar entre otras cosas astrología, que siguió cultivando con gran afición hasta el extremo de que las lucubraciones astrológicas que aprendió del mismo Kepler desempeñaron un papel importantísimo en su existencia. Muchos de sus actos se inspiraron en los consejos de los astrólogos y él mismo confiesa la impresión profunda que le causó la profecía de Kepler, por quien se hizo sacar el horóscopo en 1609, cuando le dijo: «que estaba llamado á grandes cosas; que nacido bajo la conjunción de Júpiter y Saturno era de espíritu inquieto y ansiaba

lo nuevo conseguido por medios extraordinarios, y que si bien tendría muchos y poderosos enemigos, á la mayoría de ellos lograría vencerlos.» Este horóscopo fué una de las principales razones por las cuales Wallenstein creyó siempre firmemente en su estrella y acometió sin vacilaciones y sin miedo la realización de sus atrevidos proyectos. Esta superstición es

una de aquellas inclinaciones y cualidades oscuras, misteriosas y místicas que como características aparecen fundidas con su naturaleza en general sóbria y friamente calculadora. Terminados sus estudios, regresó á su patria en donde casó con una viuda ya entrada en años, pero muy rica, Lucrecia Nekyssowa de Landeck, á cuyo fallecimiento, acaecido poco



El comisario de guerra Juan Aldringer. Facsimile del grabado de la época de Godofredo Muller

después de la boda, encontré dueño de un caudal considerable y de algunas posesiones en Moravia, fortuna que muy pronto utilizó para prestar importantes servicios á la casa de Habsburgo en la guerra contra Hungría y mas adelante, en 1617, en la veneciana. Ya entonces reclutó con propios recursos un regimiento que puso á disposición del joven archiduque Fernando, que después fué emperador, y al frente de estas tropas se distinguió notablemente en el sitio de Gradisca. Vinieron luego los disturbios bohemo-moravos, durante los cuales se puso sin vacilar al lado del emperador á quien guardó siempre inquebrantable fidelidad. Ya hemos visto en

otro lugar que Wallenstein prestó en Moravia importantes servicios al emperador cuando todo el mundo abandonaba á este, y que mas adelante conquistó abundantes laureles en la guerra bohemo-húngara por sus famosas hazañas, una de las cuales fué la victoria alcanzada sobre Mansfeld en Netolitz, en 10 de junio de 1619, no reparando durante aquellas campañas en hacer considerables sacrificios pecuniarios. Pronto, sin embargo, iba á llegar para él el momento de cosechar el fruto de sus esfuerzos. Cuando, dominada la rebelión bohemia, se efectuaron las innumerables confiscaciones que antes hemos descrito, todos los que contaban con algunos capitales